



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 20 DE DICIEMBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

A propósito de Ludwig van Beethoven

EL ESTALLIDO DE LA NIEVE
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La primera vez que escuché a Beethoven fue en casa de mis padres. Tenía cinco años. Miraba a mi madre acomodarse en una silla frente al piano. Comenzó a recorrer su teclado como el arcoiris. Pisaba el pedal, dejando sonar el eco de las notas. Quedé mudo: acordes quebrados: pero unidos más allá de lo que es humanamente posible.

No pude sino estarme quieto, escuchando cómo mi corazón descendía como tormenta desde una montaña nevada. Todo por una pieza: que seguramente no fue escrita por Ludwig van Beethoven, pero que solo a él podía atribuírsele, por tanta belleza en su ingenuidad.

Quedé tan mudo, que no pude decirle a mi madre que yo quería tocar ese instrumento. El efecto, sobre mí, duró años. Fue hasta secundaria que mi madre descubrió que yo tocaba el piano, a escondidas. Comencé cuando ella y mi padre salían por las mañanas al trabajo. Un día, abrió la puerta sin que yo hubiera escuchado el auto. La partitura la había descubierto entre los papeles bajo el gobelino que cubría al instrumento. Tocaba la pieza de Beethoven gracias a un libro que contenía un dibujo: del piano y sus notas.

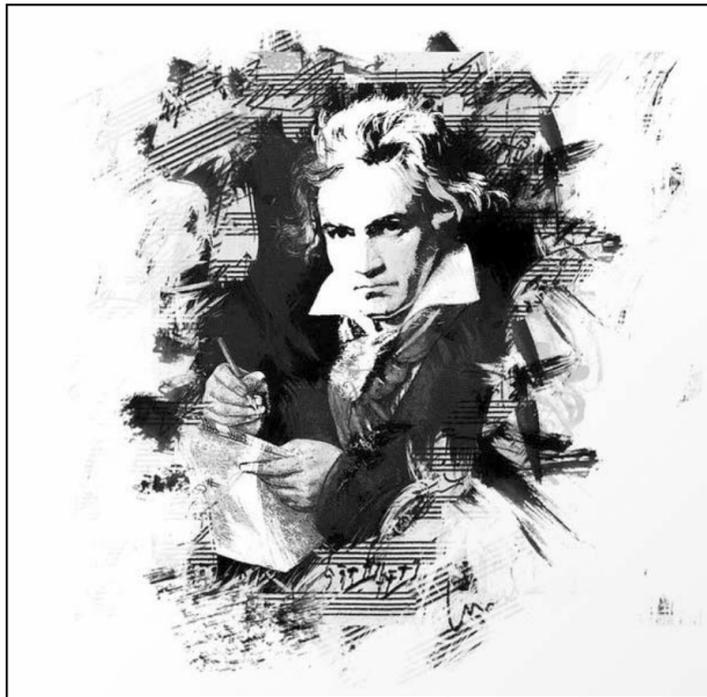
Te voy a buscar quien te dé clases, me dijo mi madre cuando me escuchó. Yo me negué. Me van a poner a estudiar "Enseñando a tocar a los dedos", que es para niños, le dije a ella, inconforme. Pero se dio a la tarea de buscarme maestro. Lo que encontró fue sorprendente: una maestra que había estudiado en el extranjero, con un viejito: de los últimos pupilos del mismo Franz Liszt. Claro que no le voy a poner "Enseñando a tocar a los dedos", sino a Czerny, quien fue alumno de Beethoven.

Con la Maestra Franco Badillo fui avanzando muy rápido. Además de los libros de técnica y las obligadas sonatinas: vinieron el Concerto Italiano de Bach, piezas de Schubert, la Polonesa Militar de Chopin, y los tres movimientos de Claro de Luna de Beethoven.

Lo que a mi madre le había sorprendido había sido encontrar a la Maestra, quien había enseñado a mis tíos, veinte años atrás. A mí, lo que me asombraba de ella, era que de pronto se metía en la cocina y desde allá me gritaba: "Con ese dedo no se toca esa nota", y yo, sorprendido porque no me estaba observando, descubría que tenía toda la razón.

Me hizo tocar en un par de recitales en Monterrey, con prensa y todo. Pero el plan de la maestra Franco Badillo era otro. Ella era la encargada de otorgar las becas para los alumnos que estudiaban en el extranjero.

Así es que: durante ese par de años de estudio, lo que ella había estado haciendo era prepararme para hacer el examen de ingreso para varios conservatorios europeos. Pensaba en palabras mayúsculas: París y Rusia. Molcas, me dijo un día, mirándome a los ojos, los niños



superdotados como tú, no deben estudiar carrera, ni andar con novias, solo deben entregarse a la música. Con lo que ella no contaba, era que lo que me robaría de sus manos, no sería otra cosa, más que la misma música: la de otro tipo, que ella, de alguna manera, se negaba a enseñarme: La dionante de la segunda mitad siglo XX. Y mis experimentos de composición con mi banda de rock, con la que yo escribía canciones progresivas.

Pero con lo que yo no conté, fue con que mi grupo de rock me correría. Intenté regresar con ella. Pero las cosas ya no fueron las mismas. Yo había cumplido ya los quince años y, por tanto, había perdido la oportunidad de ingresar al ansiado Conservatorio extranjero. Además, mis padres no aprobaban que yo estudiara únicamente música. Aunque ingresé a la carrera de economía, mi madre también me inscribió a la de música en la universidad privada donde ella daba clases.

Permanecí en la escuela de música solo un tiempo. El piano de mi madre se caía a pedazos y las dos o tres horas diarias frente al instrumento, comenzaban a cansarme. Dejé también de componer. En economía encontré fascinante que el comportamiento humano pudiera estudiarse a través de ecuaciones. Me despedí del estudio de la música.

Pero, diez años más tarde, encontré mi corazón entumido bajo la nieve del Doctorado en Economía de Harvard. Reconsideré cosas. Comencé a sentarme a tocar en los pianos de la universidad. Hacía fila a las siete de la mañana para conseguir boletos para los conciertos dirigidos por Seiji Ozawa y Bernard Haitkin. No quitaba la vista de los libros de teoría musical que encontraba. El destino ya estaba frente a mí: volvería a componer.

Y así, recuperé mis temas de adoles-

cia. Los encontré quietos, en hojas pautadas frías, dentro de un archivero de metal. Y un día: los volví a escuchar. Esta vez, en líquido de fuego, interpretados por la Orquesta Sinfónica de Minería, con energía que estalla desbordándose: como roja sangre, como líquido de vida.

EL CANTO DE LOS PÁJAROS
OLGA DE LEÓN G.

En las noches de primavera, el sonido acompasado de las hojas y de los árboles, junto a la ventana de mi cuarto, era perfecto para que mi imaginación volara y mis oídos reprodujeran el recuerdo de bellas melodías, que seguramente tiempo atrás había conocido por primera vez.

En la casa de mis padres, la música fue elemento formativo. A nuestro padre le gustaba que escucháramos música clásica en las noches, antes de irnos a la cama. Y a mi madre le encantaba preparar la comida y hornear, acompañada de la música que estuviera en boga.

No sé cuándo sería la primera vez que escuché Für Elise, atribuida a Beethoven, pero sí recuerdo cuando tuve conciencia plena de la vida del compositor, y su obra; Para Elisa, se alojó en mi mente y corazón desde los trece años.

Tchaikovsky era uno de los favoritos de mi padre, además de Beethoven con su Sexta y Novena Sinfonías. Al primero lo recuerdo cada que viene a mi mente el Ballet, con el Lago de los Cisnes, La bella durmiente o El Cascanueces, precisamente en invierno, en época de Navidad: música para el espíritu, en momentos no solo de nostalgia y tristeza, sino de alegría por la vida presente y por los anhelos de vivir lo que no hemos vivido.

Cierto día, después de varios de emoción y preparativos porque asis-

tiríamos a un exclusivo Club de Matamoros a escuchar a cuatro manos a los entrañables amigos de mi padre, los hermanos Alicia y Héctor Montfort, recién llegados al país después de su gira por Europa, por fin tendría un acercamiento con el destino, iría con mis padres a un gran evento para los amantes de la buena música; era 1960.

Esa noche no pude dormir, los sonidos del viento moviendo el follaje de los árboles junto a mi ventana tuvieron más relevancia que nunca. Mis manos tamborileaban sobre las sábanas, y mis oídos reproducían Para Elisa y parte de El lago de los cisnes, intercaladamente. Estaban en mi memoria -que yo tuviera conciencia de ello- desde hacía por lo menos siete u ocho años.

El viaje me pareció demasiado largo, a pesar de que no lo fue. Durante el trayecto, platicaba con mi padre sobre la historia de algunas piezas, la vida tormentosa de uno y otro compositor.

En realidad, yo hacía preguntas y mi padre contestaba, casi siempre empezando con una frase amablemente empática: "Recuerdas cuando hablamos sobre..." o, te acuerdas del día en que le puse a ti y tus hermanos el primer disco que había comprado de Tchaikovsky, tú ya tendrías unos seis o siete años, en la casa de la colonia Jardín, y de que... Sí, papá; pero, también recuerdo que yo te insistía desde entonces en que me dieras a leer algo de la vida de Beethoven, y no fue sino hasta mis doce años que lo hiciste, porque decías que era muy pequeña para leer cosas tan hermosas, pero también tan tristes. Tenías razón.

Mi padre me miró por el retrovisor y sonrió. Mamá dormía, aprovechaba los ratos que podía para descansar... Había tenido que dejar tantas cosas listas para que la tía Lola no batallara mucho con mis hermanos, aunque solo estaríamos fuera un día y medio. Qué gran tesoro tuvimos en esa maravillosa tía, la hermana mayor de mi padre.

Por fin llegamos, nos alojamos en el hotel, nos cambiamos de ropa, tuvimos peñadora y maquillista, y hasta yo alcancé de esos artificios, la idea era que pareciera de dieciséis y no de trece años. No fue muy difícil, mi estatura ya era la que tendría durante cuarenta y tantos años más: me había desarrollado a temprana edad.

La primera vez que escuché en vivo piezas clásicas, yo me enamoré de Für Elise y la hice mi primera meta de interpretación al piano. Para entonces, tenía año y medio de tomar clases.

La vida es una rueca que a veces se detiene y otras nos cambia el rumbo bruscamente. Me cambié de la casa de mis padres para ir a la universidad, antes de los quince, allá dejé un par de sueños que vislumbre imposibles y no quise lastimar mi corazón ni mi espíritu, así que renuncié a tiempo, a ambos, uno: no fui pianista. Pero aun casada y con mis niños pequeños, seguí practicando el piano; repetidamente, "tocaba" Para Elisa... mi fascinación.



John Steinbeck

(Salinas, 1902 - Nueva York, 1968) Narrador y dramaturgo estadounidense, famoso por sus novelas que lo ubican en la primera línea de la corriente naturalista o del realismo social americano, junto a nombres como Erskine Caldwell y otros. Obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1962.

Estudió en la Universidad de Stanford, pero desde muy temprano tuvo que trabajar duramente como albañil, jornalero rural, agrimensor o empleado de tienda. En la década de 1930 describió la pobreza que acompañó a la Depresión económica y tuvo su primer reconocimiento crítico con la novela Tortilla Flat, en 1935.

Su estilo, heredero del naturalismo y próximo al periodismo, se sustenta sin embargo en una gran carga de emotividad en los argumentos y en el simbolismo que trasuntan las situaciones y personajes que crea, como ocurre en sus obras mayores: De ratones y hombres (1937), Las uvas de la ira (1939) y Al este del Edén (1952). De ratones y hombres, llevada posteriormente al cine, trata sobre un retrasado que inocentemente provoca una serie de catástrofes en un rancho, los cuales concluyen con su muerte.

Las uvas de la ira surgió de los artículos periodísticos que Steinbeck había escrito sobre las nuevas oleadas de trabajadores que llegaban a California, y desató polémicas encendidas en el plano político y en la crítica, ya que fue acusado de socialista y perturbador. El argumento de esta novela narra la migración de familias de Texas y Oklahoma que huían de la sequía y la miseria, en busca de la californiana Tierra Prometida.

La prosa de Steinbeck tiene un fuerte componente alegórico y espiritual, y se sustenta en la piedad e interés del autor por los desfavorecidos de todo tipo, por lo que una parte de la crítica lo ha acusado de sentimentalismo e incluso de cierto ejercicio didáctico más o menos velado en algunos de sus personajes, sobre todo en las mujeres. Pese a ello, se lo ha clasificado dentro del realismo naturalista marcado por las novelas de Theodore Dreiser, como Una tragedia americana, naturalismo basado en la idea filosófica del determinismo histórico.

Otros le han adjudicado el mote de "novelista proletario" por su interés en las experiencias de las poblaciones de inmigrantes y los problemas de la clase obrera, añadido a su postura socialista o redentora. Por ejemplo, Las uvas de la ira ha sido catalogada como la novela más revulsiva de la década de 1930, pues provocó la reacción fervorosa y humanista de un amplio público opuesto a las clases conservadoras. Las ideas socialistas de Steinbeck estaban no obstante más relacionadas con la emancipación reformista evangélica del siglo XIX que con la literatura marxista; de ahí que su prosa, a pesar de sus mensajes humanistas, no pueda ser identificada con el realismo socialista que ya asomaba en esa época.

ad pédem literae

Ninguno nace libre de vicios; y el hombre más perfecto es aquel que sólo tiene los pequeños

Horacio

Letras de buen humor

Ceder a un vicio cuesta más que mantener una familia Lord Byron

Honoré de Balzac

Mónica Lavín

Escribir en el cuerpo

Aquí la segunda parte de las respuestas de algunas escritoras acerca del efecto de la pandemia en la relación entre la escritura y el cuerpo.

El cuerpo ha encontrado distintos acomodos en el espacio del confinamiento como nos lo revela Paola Tinoco: Ahora me parece agradable el comedor, disfruto hacerlo en la terraza, incluso en mi sala de TV. La acumulación de palabras ya no espera que mi cuerpo se arrellane en el lugar de siempre, sólo se prepara para salir hacia los cuadernos que dejo por todas partes o la laptop en la mesa de la entrada. Ya el cuerpo sólo quiere hacer lo que le da la gana. Pero también el cuerpo ha conquistado otras maneras de habitar la escritura como comparte Ethel Krauze: Escribir es una actividad física, y lo mismo que me quitó el brasier y los tacones, me quitó las anclas de mi cabeza y recuperé el cuerpo en mi escritura. Dejé el teclado y volví a la pluma. Dejé la pantalla y retomé el papel. Involucré el peso de mi cuerpo a las diferentes sillas, sillones, posturas, ventanas, esquinas, inaugurando nuevas posibilidades de luz y de sombra para el acompañamiento de mis letras. Dejé que fluyeran las primeras

letras.

Anamari Gomís confiesa que para ella la alteración es sólo de horario: Hay ratos de inmovilidad y pura escritura, pero ni ahora ni antes lo percibo como trabajo físico. Me canso después de tres horas, más o menos. Si escribo por las mañanas, novedad para mí, debo estar bañada y arreglada. Julia Santibañez escribe de noche pero durante la pandemia ha pasado más tiempo sentada en el día por eso: desde hace meses mientras escribo me voy estirando (abriendo más las piernas, torciendo la espina dorsal, destensando las caderas) y tomo pequeños descansos. Me resulta padrísimo lo que eso genera en la escritura: una suerte de indagación más profunda de otras posibilidades expresivas que corren en paralelo de nuevos torcimientos.

La promoción de nuevas publicaciones es lo que también hacemos los escritores y, por la vía virtual, sigue sucediendo en tiempos pandémicos. Por eso Verónica Ortiz, a raíz de su nueva novela, La decisión equivocada, comenta: Me duele la cintura y el ejercicio, para mí fundamental, lo hago caminando por todo el departamento que es pequeño. Mi



nuevo libro me obliga a seguir acompañándolo con entrevistas y comentarios. Escribo poco, sobre todo poemas cortos. Emocionalmente no me da para más. En cambio, Sandra Frid dice: Escribo más desde que empezó la pandemia. Lo hago en las tardes, en las mañanas no doy una.

Rosa Beltrán hace un diagnóstico de cómo la escritura y la vida se trenzan en la pandemia: Escribo a deshoras. Me angustio. Me desangustio. Por momentos, tengo la falsa sensación de que me regalaban tiempo. Me doy cuenta de que tiempo no es lo que se necesita para escribir, sino un estado del espíritu. Escribo. Procastino. Me duele la espalda. Vuelvo a intentarlo cuando termino de comer. Después de un rato de ver apuntes, por fin, en algún momento escribo de un tirón, me duelen las pier-

nas, los ojos, pienso en conocidos cada vez más cercanos a los que les dio coronavirus. Le escribo mensajes a mi hija. Desde la pandemia escribo todo en primera persona.

Para Ana Clavel la incertidumbre se ha vuelto transmutación: A raíz de la pandemia y el confinamiento, siento mi cuerpo como un fantasma cuajado de ansiedad, un holograma que transmite su irrealdad a mi escritura.

Soy más que antes un cuerpo textual que se debate entre la incertidumbre y la fuga.

Paradójicamente sigo escribiendo pero cada vez los límites de desdibujan más en un eterno anti-presente verbal en el que el tiempo se dilata y ya no sé si he sido, han estado, hemos soñado, habéis vivido.